

Dicen que apareció, sin más. Cuentan que, como una mariposa saliendo del capullo, emergió del vacío eterno y oscuro, listo para dar inicio a la existencia. Envuelto en la nada, comprendió que debía llenarla. Dibujó, construyó y pintó cuanto se le ocurría, poseído por una inspiración primitiva. Trazó una larga línea azul y con un soplo la separó en dos, una de las mitades ascendiendo sin cesar. La curiosidad le hizo seguirla y cuando llegó arriba le gustó lo que vio y decidió quedarse ahí. Abajo, la otra parte de su línea azul había oscurecido, triste de verse sola. Para compensar, se arrancó partes del cuerpo y las arrojó, y las hizo crecer rodeadas de su estimada línea que, aún con su nueva compañía, seguía oscura y triste, nunca llegando a perdonar el abandono sufrido. Pero a él no le importó y sonrió para sí mismo, complacido de ver que ahora había una parte suya en cada lugar. Descansó, satisfecho con el equilibrio que había creado.

Al poco se percató de la soledad que lo rodeaba. Decidió entonces engendrar una hija, y se sorprendió al ver lo poco que se parecían, lo rápido que ella aprendía y los dones natos que poseía sin que se los hubiera enseñado su padre. A veces la perdía de vista y cuando la encontraba tenía entre manos una especie de objeto extraño que ella misma había moldeado y que se movía por sí solo. Él miraba abajo, donde yacían algunas las partes arrojadas de su cuerpo, totalmente inmóviles, y se preguntaba por qué sus creaciones no se movían. Solo su hija que tanta energía le había drenado gozaba de libre movimiento y continuamente aparecía con nuevos objetos que iban de aquí a allá, algunos incluso emitiendo sonidos. Le salía natural, sin esfuerzo, a diferencia de su padre que aún estaba recobrando fuerzas de su única creación autónoma. Aún así, le llenaba de orgullo el pensamiento de una hija más poderosa que él, con la apariencia de una niña de sonrisa inocente que le enamoraba. Se deleitaba al verla días tras día inventar, esculpiendo nuevas formas y tamaños que remataba con un beso que daba inicio al milagro. Después las observaba crecer, y ella les hablaba con dulzura, susurrando cosas que él consideraba que debía respetar que fueran privadas. Maravillado por las habilidades de su hija, y consciente de que nunca sería capaz de igualar su don, se ayudó de ella para hacer más completo el pequeño mundo que había creado. Sus viejas extremidades sobre el azul oscuro apenas se

moverían jamás, así que decidió acompañarlas de las creaciones de su primogénita, y el nuevo color que vio le gustó. Una vez más, ver el equilibrio lo llenó de felicidad.

No tardó en percatarse de la tristeza de su hija, que desde arriba miraba con melancolía sus invenciones desfilan a lo largo de su nuevo hogar, lejos de ella. Él sintió remordimiento por el mal generado, y el orgullo lo llevó a reunir todas las fuerzas que pudo para engendrar una segunda criatura. El proceso lo drenó con dureza, consciente de que la llegada de su nueva hija se llevaba consigo los poderes que tanto había utilizado para dibujar todo cuanto los rodeaba. La pequeña llegó al mundo con dificultad, enfermizamente débil. Le costaba moverse y cuando lo hacía era con enorme cansancio. Solo parecía recobrar energía cuando estaba con su hermana quien, maravillada por tener de nuevo compañía, juró protegerla y cuidar de ella. Recobró la alegría de inventar de nuevo, y le mostraba a la recién llegada sus objetos móviles cada vez más complejos y articulados. Esta observaba siempre con fascinación el proceso, esperando a ver qué se le ocurría a la poseedora del don tan increíble. El problema llegó cuando vieron que, al acercarse demasiado la niña, las invenciones parecían olvidarse de moverse, y ni un beso de su progenitora les devolvía el milagro. La hermana pequeña sintió pánico de su espeluznante habilidad y la vergüenza la llevó a ocultarse, convencida de que sería mejor si nunca se acercaba a nada más. Su padre contempló la escena, consternado, lamentando lo que sabía que había sido su última creación. Solo encontró consuelo en su primogénita, que lo rodeó con los brazos y le susurró al oído que todo iría bien, que encontrarían una solución. Encontró a su hermana llorando, los ojos un espejo de culpabilidad. Intentó conciliar unas palabras de consuelo, pero la niña se encogía a cada paso que daba hacia ella, temerosa de contagiar su maldición. El llanto se ahogó en un abrazo que la convenció que al menos no podía herir a su familia, y su hermana le prometió que todas sus creaciones serían regalos para ella, que algún día ninguna perecería en su proximidad y les contarían historias y jugarían con ellas. La pequeña sonrió entre lágrimas, y se comprometió a esperar un poco más con sus intentos, puesto que había más vitalidad en esos objetos cuanto más hacía que habían recibido su beso. Algún día lo conseguirían.

Jamás se la vio más alejada de la fatiga que tanto la rodeaba siempre como cuando observaba a su hermana mayor trabajar concentrada, a veces alzando la vista para encontrarse los ojos anhelantes de la niña, que con una sonrisa tímida aguardaba el momento de tocar. En ocasiones, le vencía la impaciencia y se dejaba ganar por el deseo de tocar esas maravillosas creaciones y sentir su dulce tacto entre los dedos, el cosquilleo del movimiento en su piel. Pero nunca llegó a poder apreciar su fantasía. Cuando su temblorosa mano llegaba a alcanzar cualquiera de sus objetivos, estos ya parecían haberse apagado y yacían inmóviles para siempre. Aunque lo intentaban constantemente, cada vez parecía más claro que no lo conseguirían. Contrariamente, parecía que su extraña habilidad tenía cada vez un alcance más grande. Pero la hermana mayor se negaba a rendirse, y no había día en que no le regalara a una nueva invención en la que ponía todo su empeño a la pequeña. Esta última se mostraba menos convencida, víctima de la culpa que la atormentaba, pero la voluntad en los ojos de su hermana cuando la miraba y le decía que algún día lo conseguirían la reconfortaba y la llenaba de aquella maldición que algunos llaman esperanza. Y así fue, en una de esas miradas, que ambas sintieron que algo inexplicable nacía en su interior y las invadía. Al principio intentaron ignorar esa nueva sensación tan excitante como terrorífica, pero pronto supieron que las cosas habían cambiado para siempre. Se enamoraron lentamente, y para cuando quisieron darse cuenta ya era demasiado tarde. Incapaces de encerrar sus deseos, las dos se entregaron la una a la otra con una pasión infinita. Interminables abrazos y caricias eran todo cuanto ocupaba su tiempo, que parecía congelarse solo para ellas, como si el mundo entero se detuviera a contemplar a los dos seres más dichosos que había.

Sin embargo, en el fondo lo que realmente hacían era ocultarse. Se amaban en silencio y a escondidas de su padre que, pensaron, nunca lo entendería. Este, cada día más débil, no sospechaba nada y se mostraba entusiasmado de ver a sus dos hijas tan felices. Lo llenaba de orgullo ver que a la pequeña, siempre de parecido tan enfermizo, se la veía más enérgica que nunca y lucía a menudo la sonrisa que, según su parecer, era incluso más embrujadora que la de su primogénita. Descansaba, ajeno a la verdadera naturaleza de aquella relación, y aunque cada día que pasaba se llevaba un poco más de su vitalidad, no podía evitar sonreír ante la imagen de sus dos hijas riendo juntas. Las dos amantes

parecían incapaces de separarse, adictas a una sensación que jamás hubieran creído posible. Gozaban de cada instante del que podían disfrutar a solas, fundiéndose en un amor que las condenaba a esconderse pero que les hacía sentir que una eternidad juntas era breve.

Pero, caprichoso el destino, la fortuna dejó de sonreírles. En uno de esos encuentros furtivos, se sorprendieron al ver a su padre dar un paseo como hacía en sus años más jóvenes, contemplando con nostalgia cuanto había creado. Debían actuar con normalidad, pero la hermana pequeña, presa de la impaciencia que tanto la caracterizaba, decidió antes de tiempo inclinarse levemente hacia su amada y dejar que sus labios apenas se rozaran. El beso nunca llegó a producirse. Un rugido detonó el aire y el mundo entero se estremeció. Habían sido descubiertas. Hubo súplicas, gritos y llantos. Nada bastó para aplacar la ira de su padre. Ebrio de furia, se negó a mostrar compasión. Comprendió que nunca debería haber perturbado el equilibrio que había conseguido y supo lo que debía hacer para recuperarlo. Reuniendo sus últimas fuerzas, arrojó a su hija mayor donde yacían las viejas partes de su cuerpo y las creaciones que le harían compañía. Se quedó arriba con la menor, la más débil, para cuidar de ella, aunque era él el que se apagaba. Era él quien, habiendo exprimido la energía que le quedaba, se extinguía lentamente. Así desapareció, poco a poco, luchando en vano contra la sentencia inexorable. Algunos dicen que se lo llevó fue el remordimiento. Otros, que fue algo más. Fuera lo que fuese, se desvaneció para siempre, dejando atrás el mundo que un día había soñado y hecho realidad.

Respecto a las dos amantes, no se sabe qué fue de ellas. Cuentan que, aún hoy, en algún rincón del mundo, se vislumbra una misteriosa silueta en días grises. Los pocos que juran haberla visto aseguran que es una aparición milagrosa cuya imagen queda grabada en la retina pero que no hay palabras para describirla. Tan solo que una figura aparece en medio de la lluvia, y de repente parece que las gotas se ralenticen, como si tuvieran miedo de tocar el suelo. Y mira al cielo la Vida, y se deja acariciar por las lágrimas de su amada Muerte, fundiéndose en una mirada sin verse con la certeza de que, aunque sea por un segundo, se tienen un poco más cerca la una a la otra. La amante abandonada se rinde a la

melancolía y acaricia el recuerdo de cuando la eternidad era suya, susurrando unas palabras que espera que el viento lleve: “Te quiero”.